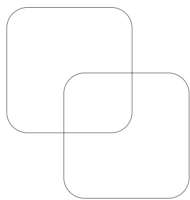


CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Comisión Episcopal para la Vida Consagrada



MATERIALES PARA LA JORNADA PRO ORANTIBUS

30 de mayo de 2021
Solemnidad de la Santísima Trinidad



Cerca de Dios y del dolor humano

Materiales para la Jornada *Pro orantibus* 2021



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

SUMARIO

Presentación5

Testimonios9

Encuentro del papa Francisco con monjas contemplativas25

PRESENTACIÓN

Recogiendo los ecos de la Pascua del Señor y de la efusión del Espíritu en Pentecostés, celebramos un año más la solemnidad de la Santísima Trinidad y, con ella, la Jornada *Pro orantibus* 2021. Este es un año más, pero no un año cualquiera. Estamos atravesando una situación global que ha trastocado fuertemente nuestras vidas. La crisis sanitaria que se desató a principios de 2020 y las consecuencias de todo tipo derivadas de la misma han sembrado nuestra cotidianidad de muerte, enfermedad, pobreza, desempleo, miedo, distancia y soledad. La nuestra y la de muchas personas vulnerables a lo largo y ancho del planeta que lo son hoy aún más, si cabe. El mundo, que ha padecido siempre de muchos modos y ha gritado su dolor de mil maneras —quién puede olvidar el drama enquistado de la hambruna, la violencia, la trata de personas, la indigencia, la miseria, etc.—, lo hace también en nuestros días con acentos nuevos desde los tanatorios, los hospitales, las residencias, las colas del hambre, las oficinas del paro, los colegios, los templos, los hogares, las redes sociales... Un clamor que recorre nuestra sociedad y que atraviesa también los muros de monasterios y conventos donde hombres y mujeres del Espíritu elevan al Señor de la Vida su himno y su plegaria.

La vida contemplativa sufre cuando el mundo sufre porque su *apartarse* del mundo para buscar a Dios es una de las formas más bellas de *acercarse* a él a través de Él. La suya es una historia de cercanía con Cristo y con el dolor humano en la que uno y otro —el Señor que salva y el ser humano sediento de salvación— se requieren y se encuentran cada día a través de la búsqueda y la contemplación sagrada del rostro del Padre. Así lo recordó el papa Francisco en 2016 en el número 9 de la constitución apostólica *Vultum Dei quaerere* sobre la vida contemplativa femenina:

La vida consagrada es una historia de amor apasionado por el Señor y por la humanidad: en la vida contemplativa esta historia se despliega, día tras día, a través de la apasionada búsqueda del rostro de Dios, en la relación íntima con él. A Cristo Señor, que «nos amó primero» (1 Jn 4,19)

y «se entregó por nosotros» (*Ef* 5, 2), vosotras, mujeres contemplativas, respondéis con la ofrenda de toda vuestra vida, viviendo en él y para él, «para alabanza de su gloria» (*Ef* 1, 12). En esta dinámica de contemplación vosotras sois la voz de la Iglesia que incansablemente alaba, agradece y suplica por toda la humanidad, y con vuestra plegaria sois colaboradoras del mismo Dios y apoyo de los miembros vacilantes de su cuerpo inefable.

El lema escogido para esta Jornada en que la Iglesia agradece el don de la vida contemplativa y ora por esta vocación específica que embellece el rostro de la Iglesia recoge esta doble vertiente que la caracteriza: «La vida contemplativa, cerca de Dios y del dolor del mundo». Los contemplativos rehúyen el activismo frenético de nuestras sociedades y eligen una vía de intimidad orante y fraterna que, lejos de ensimismarlos, esterilizarlos o alejarlos del dolor del mundo, los convierte en faro para los mares agitados y semilla para los campos agrietados. Allí, en lo escondido de su corazón, donde están a solas con el *Amigo*, se unen a todos los seres humanos, especialmente a quienes están heridos, y desde ese lugar de encuentro sagrado aprenden y enseñan a llamar a todos *amigos*. No puede ser de otro modo, porque la forma más radical de hospedar al prójimo es hacerlo en el Dios que nos ha creado *hermanos todos*. Este es la vía por la cual la vida contemplativa despliega su servicio al mundo y canta su bienaventuranza escatológica. Como dijo san Agustín, «bienaventurado el que te ama a ti, Señor; y al amigo en ti, y al enemigo por ti, porque solo no podrá perder al amigo quien tiene a todos por amigos en aquel que no puede perderse» (*Confesiones* IV, 9, 14).

Dios Padre lleva al hombre en sus entrañas. Jesucristo ha amado con entrañas de hombre. El Espíritu clama en la entraña del hombre buscando a Dios. De esta cercanía del Señor para con nosotros nos vienen el rescate, la salud, la vida eterna. En último término, el misterio de Dios trino es un misterio de cercanía entrañable con el ser humano sufriente. Por eso, quienes contemplan y alaban y ruegan a Dios cada jornada, asomados a su entraña misericordiosa, pueden acercarse con Él a enjugar nuestras lágrimas y vendar nuestras heridas. Las de todos, sin excepción. Lo hacen adorando al Señor en su templo, escuchán-

dolo en su celda, honrándolo con su trabajo, buscándolo con su estudio, acogiéndolo en tantos que llaman a su puerta pidiendo oración y consuelo. Así, la fuerza luminosa de su intercesión alcanza misteriosamente todos los rincones de la tierra. Quizá no recorren nuestras calles entre luchas y afanes mundanos pero, presentando esas luchas y esos afanes al único que puede poner paz en tanta guerra, llevan la luz de la Resurrección allí donde estamos más amenazados de muerte y de tristeza. En el misterio salvífico del Buen Samaritano, ellos hacen las veces del hospedero anónimo que, sin necesidad de echarse a los caminos, supo abrir su casa al apaleado y lo cuidó como si de Cristo mismo se tratase, convirtiéndose así en parábola de cercanía con Dios y con el dolor del mundo.

En esta Jornada *Pro orantibus* toda la Iglesia recuerda con gratitud y esperanza a quienes recorren en ella la hermosa senda de la vida contemplativa. Pedimos al Señor que los custodie en su amor, los bendiga con nuevas vocaciones, los aliente en la fidelidad cotidiana y les mantenga la alegría de la fe. Y junto a ellos, presentamos al Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo las necesidades y los padecimientos del mundo: compartiendo su dolor y su esperanza, queremos estar cerca de Dios y cerca de todos, junto al dolor de cada ser humano.

Obispos de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

Testimonios

CERCA DE DIOS Y DEL DOLOR HUMANO

Monasterio de Santa María la Real de Las Huelgas (Burgos)

Un corazón orante no vive de teorías y retórica, sino que pisa la realidad que vivimos, y sabe libar la miel en lo cotidiano de la vida, para darla a gustar a los demás.

Es lo que hizo el profeta Jeremías, ante las adversidades que vivía, presentó sus lamentos al Señor, y Él le respondió: «Si sacas lo bello de lo vil, serás como mi boca» (*Jer 15, 19*). Os invito, pues, a ser «boca de Dios», a sacar el bien de los males que nos rodean, por medio de esta reflexión que comparto con vosotros.

Hace muchos siglos, en una tierra lejana, un hombre del pueblo de Israel, que había sido salvado de las aguas del Nilo, al final de su vida, cargado de años y luchas, le dijo a Dios: “*¡Déjame ver tu rostro!*” (*Ex 33, 18*).

Este anhelo de Moisés, es el anhelo de nuestro mundo, envejecido en las duras pruebas de la vida, golpeado por la violencia y las injusticias, asediado por la pobreza y el desamor, cuarteado por las divisiones y las dificultades de la convivencia humana, asfixiado por la aceleración y el sinsentido, y ahora acorralado por un virus mortal.

Hoy, sigue sonando, como un eco de aquella oración, este deseo tan noble: «*¡Déjame ver tu rostro!*» (*Éx 33, 18*). En medio de la pandemia, que todos estamos sufriendo, no hemos dejado de escuchar el grito de toda la humanidad: ¿dónde está Dios? El clamor de una humanidad atemorizada, desconcertada, despojada de su disfraz de prepotencia y sin poder controlar la situación mundial.

Nuestro mundo, que parecía de hierro, que con la ciencia y la técnica todo lo podía, se ha desmoronado, y ha quedado al descubierto su enorme fragilidad, y la gran verdad de que nos morimos y de que estamos de paso en este mundo. También en los monasterios hemos vivido esta fragilidad contagiadas por el mismo virus.

En estos duros meses, el recogimiento y silencio monástico —lejos de ser huida de la lucha de la vida por miedo— se reveló en su verdad: un espacio de profunda escucha, y rumia de la Palabra de Dios y del clamor de los hombres. Hemos podido desplegar una mirada de fe sobre los acontecimientos, que también nos golpeaban a nosotras, y hemos captado la «presencia de Dios» junto a nosotras y junto a cada hombre que sufre. Dios está donde se le deja entrar y no abandona al hombre a su suerte. Una verdad ha quedado patente, «nadie se basta a sí mismo», y esto a todos los niveles. Incluso la oración de los monasterios ha sido solicitada con más urgencia que nunca.

Quien tiene ojos para ver ha descubierto con más claridad en esta pandemia que nuestro mundo tiene un alma con una gran sed de verdad y de justicia. Que cuando todos los apoyos humanos caen, el hombre comienza a apoyar la vida en Dios, a preguntarse por el sentido de la vida y de la muerte, a buscar una respuesta a todos los interrogantes que en la salud y el bienestar no se planteaba.

También los cenobios de vida contemplativa hemos sido despertados del sueño de la inercia, de la rutina cotidiana, y hemos compartido con todos los hombres el ser impactados por los acontecimientos de la emergencia sanitaria. Y, aunque algunos nos llaman las “confinadas voluntarias”, la experiencia de un confinamiento mundial, y de manera obligatoria por causas sanitarias graves, no es lo mismo que vivir en un monasterio, porque has encontrado un tesoro que colma todos tus anhelos.

Hemos compartido la cruz de la humanidad, y el desconcierto nos ha conmovido, hasta el punto de llevar hasta Dios, por el canal de la oración, estos sufrimientos que compartíamos, no solo por los medios de comunicación y en cadenas de oración, sino en nuestra propia carne por el contagio de la comunidad.

Nuestro corazón orante no ha dejado de latir. La oración en este tiempo ha sido más intensa que nunca, y el amor a la humanidad doliente más vivo, porque nuestros ojos veían en la comunidad lo que el

virus estaba haciendo en toda la tierra. Como si alguien hubiera querido acercarse a nuestros ojos, lo que estaba ocurriendo en todos los rincones de la tierra. Y lo hemos vivido no como espectadores lejanos, sino como protagonistas de la historia. En la pandemia, nuestra cercanía al dolor humano se ha hecho más visible.

A la oración de Moisés, «¡déjame ver tu rostro!» (Éx 33, 18), Dios respondió algo que ha sido luz para vivir esta pandemia desde la fe. El Señor no tiene una varita mágica, con la que hacer desaparecer el sufrimiento y las dificultades. Dios siempre responde al hombre poniéndolo en movimiento y acompañándole por el sendero. Por eso Dios le dijo a Moisés: «Mi rostro no lo podrás ver (...), pero hay un lugar junto a mí; (...) te meteré en la hendidura de la roca, (...) podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás» (Éx 33, 20-23).

La situación mundial de la pandemia era algo similar a este «te meteré en la hendidura de la roca». Hemos sido introducidos en la hendidura de la roca, donde no te puedes mover, el lugar de la «quietud y el silencio», dentro de la roca de tu propia vida y de tu ser. Y allí, en lo escondido del confinamiento redescubrir el tesoro, la voz de Dios que resuena en cada corazón, acompañando al hombre en toda circunstancia.

El paso de los años, la aceleración, el sufrimiento y los reveses de la vida van echando tierra encima, y ocultan la voz de Dios en nuestro corazón. Entonces hay que cavar, pararse y cavar hondo con la oración silenciosa, para redescubrir el tesoro escondido en nuestro propio campo, la cercanía de Dios a todo lo nuestro, su inmenso amor compasivo que nos sostiene en el camino de la vida, hasta el último aliento.

Tiene razón Jesús cuando dice: «Estamos subiendo a Jerusalén» (Mc 10, 33). Me gusta el estilo de los evangelios, porque nunca decora, ni maquilla ni endulza los acontecimientos. Nos presenta la vida como viene. Nuestra sociedad en cambio lo disfraza todo. Pero el Evangelio no tiene miedo de mostrarnos los momentos difíciles, y hasta conflictivos, que pasaron los discípulos. Ellos necesitaron tiempo para comprender esta subida con Jesús a Jerusalén. Incluso

la Resurrección tardó en calar el corazón de los discípulos. Y a nosotros también nos cuesta entender todo lo que está ocurriendo, y mucho más porque está marcado por un gran despojo y tribulación, que siempre nos descoloca. Por eso necesitamos una “parada larga”, para asimilar que todas las seguridades, sobre las que nuestro bendito mundo se apoyaba, están desmoronadas. Y no hay manera de huir, porque este virus está por todas partes.

Desde la experiencia de esta larga pandemia, los monasterios en muchos momentos hemos sido la respuesta a muchas personas desconcertadas y el apoyo en su aflicción. Todos hemos sido golpeados por esta situación de emergencia sanitaria y social. El alma de nuestros barrios y ciudades estaban tan necesitadas de consolación, que hemos tenido el gozo de desplegar nuestro pequeño y escondido servicio, pero eficaz, nuestro ministerio de consolación, apoyando, escuchando, alentando a la paciencia, a una mirada de fe, compartiendo con todos nuestra vivencia de que «por el consuelo y la paciencia que dan las Escrituras» (Rom 15, 4) podemos mantener la esperanza en el sufrimiento, con la certeza de que Dios no nos deja huérfanos.

Esta pandemia se ha convertido en un tiempo propicio para morir a la aceleración y las prisas, a pretender dominarlo todo, incluso la vida y la muerte, morir a ser nosotros los dueños de toda la creación; y nacer a un renovado abandono en las manos de Dios, adonde se dirigen nuestras vidas, las de todos los seres humanos, porque las manos de la técnica y la ciencia se nos presentan impotentes.

Muchos han sido despojados de sus bienes, de sus seres queridos, sin poder hacer duelo ni despedirlos, despojados de su salud...Y nosotras también hemos participado de estos despojos. Nada de lo humano nos es ajeno. Pero hemos podido dar luz a la oscuridad de la historia en la que todos estamos metidos.

No es que nosotras nos acerquemos a Dios y al dolor de la humanidad. Es que Dios se ha acercado a nosotras, que sufríamos por el contagio y sus secuelas, Él mismo nos ha consolado, y así nos ha acercado

a la humanidad doliente, para hablar al corazón de los hombres con la luz de la verdad, no con el engaño de la prepotencia.

No somos gente rara, somos unos odres que hemos recogido el agua de Dios, lo que Él nos ha dicho en la oración y la escucha de su Palabra, y la hemos entregado a los hombres para calmar la sed de sentido en este difícil tiempo de tanta emergencia.

De nuevo puedo constatar que no es lo mismo caminar con Jesús en la peregrinación por este mundo, que ir sin Él. No es lo mismo haber conocido a Jesús, que no conocerle. No es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas. No es lo mismo poder escucharlo, que ignorar su Palabra. No es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con el Evangelio, que hacerlo solo con la razón y la ciencia. La vida con Jesús se vuelve más plena, y con Él es más fácil encontrarle sentido a todo. Sin Él el mundo pronto pierde el entusiasmo y la fuerza en la entrega.

Avivemos nuestras lámparas, mantengámoslas encendidas, para esperar siempre la luz de Dios en la oscuridad de la historia, una luz que carga de sentido toda dificultad, y toda tribulación, y siempre saca bienes de los males que nos toca vivir.

M.^a PILAR AVELLANEDA RUIZ, CCSB

LA VIDA CONTEMPLATIVA, CERCA DE DIOS Y DEL DOLOR DEL MUNDO

Monasterio de Santa Paula. Monjas Jerónimas (Sevilla)

Nosotras, las jerónimas de Santa Paula de Sevilla, entendemos la vida contemplativa como una existencia desde el amor y para el amor; una respuesta al Dios que nos llama con una entrega generosa para dar gloria a su Santísima Trinidad. Las monjas contemplativas nos dedicamos especialmente a la oración. Se trata de una forma de vida, en cierto modo profética, que trata de conocer más a Dios y a los hermanos.

Nuestro deseo es buscar insistente y apasionadamente a Dios, con la secreta alegría de saber que, cuanto más lo busquemos, más nos vamos acercando a él. «Tu rostro buscaré, Señor» (*Sal 26*). Lo buscamos por medio del silencio, de la soledad y de la oración personal y comunitaria, y principalmente en la liturgia de las Horas, mediante la cual santificamos el tiempo. Ahora bien, el auténtico centro de nuestra vida espiritual es la Eucaristía, momento central a partir del cual toman sentido las demás actividades del día. Somos Iglesia orante, alimentadas por la Palabra de Dios y unidas en la comunión del mismo Espíritu en la fracción del pan (cf. *Hch 2, 42*).

A nosotras, como monjas jerónimas, nuestro padre san Jerónimo nos dice que «ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo». Y de aquí la importancia de la *lectio divina*. Así nos escribía: «Cuando oras hablas a tu esposo; cuando lees, Él te habla a ti» (*Ep. 22, 25*). Cuanto más leemos y estudiamos las Escrituras más conocemos a Cristo y cuanto más lo conocemos más lo amamos. Amando más a Cristo amamos más a la humanidad.

En estos tiempos de pandemia muchas personas se han acercado virtualmente a nosotras pidiendo oraciones, personas enfermas, personas preocupadas por su trabajo como enfermeras o como médicos pidiendo que supieran hacer bien su trabajo y pudieran ayudar a los

que estaban pasándolo mal. Nos rogaban oraciones para infundirles ánimos y poder hacer frente a la situación, ante la avalancha de personas enfermas que ingresaban en los hospitales. De esta forma hemos estado y estamos cerca del sufrimiento de los hombres. Por otra parte, casi todas las hermanas del monasterio hemos pasado la COVID-19, por lo que también nos hemos sentido solidarias con todos los enfermos, uniendo nuestros sufrimientos a los de Cristo y ofreciéndolos por la salvación del mundo.

Otra forma de estar cerca de los hombres es mediante el trabajo: *ora et labora*. Tenemos que trabajar para vivir, para poder mantenernos nosotras y también para mantener el monasterio en donde vivimos, que es muy grande y antiguo y que necesita muchas atenciones, siempre para la gloria de Dios. Con nuestro trabajo santificamos nuestra vida, nos identificamos con Cristo y nos asociamos al trabajo de toda la humanidad.

Con nuestro testimonio de vida haremos creíble que estamos cerca de Dios y del sufrimiento del mundo. Así dice una de las plegarias eucarísticas de la misa:

Danos, entrañas de misericordia frente a toda miseria humana,
inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo
y desamparado.
Ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado
y deprimido.
Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de
justicia y de paz,
para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando.
Que quienes te buscamos sepamos discernir los signos de los tiempos
y crezcamos en fidelidad al Evangelio;
que nos preocupemos de compartir en el amor las angustias y tristezas,
las alegrías y esperanzas de todos los seres humanos,
y así les mostraremos tu camino de reconciliación,
de perdón, de paz...

(Tomado de las plegarias eucarísticas Vb y Vc)

Empezamos este escrito hablando de amor y también terminamos con esta simple y corta palabra que encierra todo nuestro ser y nuestra vida. Cuanto mayor amor seamos capaces de dar, mayor entrega, y cuanto mayor sea la entrega mejor cumpliremos la voluntad del Señor sobre cada una de nosotras; lo que hará que nuestra vida sea fecunda y feliz. «Nada hay arduo para los que aman, no hay trabajo dificultoso para el que desea algo. Amemos también nosotros a Cristo, y todo lo difícil se nos hará fácil» (san Jerónimo, *Ep.* 22, 40).

En el seguimiento de Cristo tenemos a la Virgen María como modelo de consagración y pedimos su intercesión por toda la humanidad. «María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (*Lc* 2, 19).

SOR TIYAMA IRIMPAN

MONJAS CARTUJAS

Monjas cartujas de Sta. M.^a de Benifassà (Castellón)

Todo empezó hace 9 siglos: Bruno y seis compañeros, «inflamados de amor divino», lo dejan todo y se retiran a los bosques de la Chartreuse, en Francia.

Allí, siguiendo las inspiraciones del Espíritu Santo y dejándose instruir por la experiencia, crean un estilo propio de vida eremítica: soledad y fraternidad, que transmiten a las generaciones sucesivas, no por escrito, sino por el ejemplo.

La irradiación del pequeño grupo de solitarios es discreta y atrayente. Las monjas de Prébayon, en la Provenza, anhelan seguir el mismo camino, y deciden espontáneamente abrazar la regla de vida de los cartujos. Al recibirlas en su seno, la Orden hace de ellas las primeras hijas de san Bruno. Era hacia el 1145.

Somos las herederas del ideal de san Bruno. Como él, deseamos buscar a Dios ardientemente y encontrarle cuanto antes. Nuestro anhelo se hace tangible hasta en la situación de nuestro monasterio: alejado de lugares, habitado y rodeado de una clausura, es un desierto en el que todo apunta hacia Dios.

Nuestro carisma propio es la vida solitaria. Las celdas y lugares de trabajo están dispuestos como ermitas. La mayor parte de nuestra jornada transcurre en la soledad. En la celda nos consagramos al recogimiento, la plegaria y la intercesión, a estudios apropiados a nuestra vida, al trabajo, e igualmente en la celda tomamos las comidas entre semana, fomentando en todo momento una actitud de escucha tranquila del corazón, que permita a Dios penetrar en él por todos los caminos y accesos.

Bruno no fue solo al desierto, sino con otros hermanos. Sus hijas no somos ermitañas aisladas. Nuestro monasterio es también el lugar de

una profunda vida fraterna. Cada una se sabe unida a sus hermanas por el mismo ideal, y sostenida por un recíproco afecto.

La sagrada liturgia, en cuya participación nos reunimos cada día, nos vivifica con la Sangre de Cristo y nos congrega en una iglesia. La vigilia nocturna, que celebramos a medianoche, y el canto diario de vísperas son ocasiones privilegiadas de encuentro fraterno.

Los días festivos tomamos juntas la comida en el refectorio, escuchando entre tanto una lectura espiritual. Una reunión capitular y un coloquio están previstos en los domingos y fiestas, y un largo paseo semanal, contribuye al conocimiento mutuo y a la unión de corazones. Al llegar aquí, hay quien dice: «¿Eso es todo lo que “hacen” las monjas?». “Hacer”, ciertamente, nuestras ocupaciones son múltiples y variadas; pero ¿el valor de una persona depende de lo que se “hace” o de lo que se “es”?

Pero, ¿quién puede abrazar una vida tal? ¿Quiénes son las que se encuentran en un tal monasterio? Pues bien: somos mujeres de nuestro tiempo. Apreciamos la vida que hemos dejado y hemos renunciado a ella sin coacción, libremente, y con alegría de haber hecho una buena elección. Mujeres de nuestro tiempo pero que hemos oído el mismo llamamiento que san Bruno, el cual escribía entusiasmado:

«¿Hay algo más innato y conforme a la naturaleza humana que amar el Bien? ¿Y hay otro bien comparable a Dios? ¿Qué digo; hay otro bien fuera de Dios?» (*Carta de san Bruno a su amigo Raúl*).

La vida monástica, hoy, como siempre, supone escoger a Dios, pero no para desertar de la familia humana, sino para asumir una misión de intercesión en nombre y a favor de todos. Es el Amor que nos ha atraído al desierto.

Así, según las palabras de nuestros Estatutos: «Separadas de todos, permanecemos unidas a todos y, así en nombre de todos permanecemos en presencia del Dios vivo».

M. CRISTINA

QUIEN VIVE EN DIOS NO PUEDE SER AJENO A LO QUE DIOS AMA

Abadía cisterciense de Santa María de Huerta (Soria)

¿Quién es el amado del amado?, se preguntaba Guillermo de Saint-Thierry. La Iglesia siempre ha valorado mucho la vida contemplativa como un don de Dios. La contemplación es un don y una actitud, la actitud de mirar a Dios y vivir en Dios al hacer de él nuestro centro. Por eso la *Jornada Pro orantibus* se celebra en el día de la Santísima Trinidad, misterio de Dios Amor para ser contemplado y vivido, uniendo a los amantes en un único amor. De ahí la pregunta: ¿quién es el amado del amado?

El Padre ama al Hijo (*Jn 3, 35*) y el Hijo permanece en el amor del Padre (*Jn 15, 10*). El Padre es el amado del Hijo, a quien a su vez ama. Ese amor que une tan estrechamente al Padre y al Hijo se derrama sobre su obra creadora, muy especialmente sobre la creatura hecha a su imagen. Es en este misterio trinitario donde se manifiesta en su plenitud la fraternidad humana y la vivencia del alma contemplativa.

Cuando uno ama a alguien, ama lo que él ama. Por eso quien ama a Dios, se ama en Dios, que le ama como hijo. Es lo que dice el cuarto grado del amor de Dios de san Bernardo: «Me amo a mí en Dios», ahuyentando todo narcisismo. Y como Dios ama a todos sus hijos, especialmente a los más desfavorecidos, a los que sufren y son marginados, quien ama a Dios está abocado a ese amor de predilección por los predilectos de Dios, los amados de Dios, amándolos en un único amor.

En este tiempo tan duro de pandemia, donde muchas muertes han sido en soledad y abunda el sufrimiento por las restricciones, el distanciamiento humano o la pérdida de trabajo, el papa Francisco nos ha invitado a vivir la fraternidad, a reconocer a todos como nuestros hermanos, haciendo propio su dolor. ¿Cómo vivirlo en un monasterio? La vida contemplativa busca la soledad para un encuentro místico con

Dios, del que no puede quedar ajeno su obra creadora. El contemplativo no huye de nadie, sino que busca el lugar del encuentro, un lugar no siempre comprensible para quien no ve más allá de lo que se puede tocar. Una vida contemplativa que no es sensible a la humanidad no es contemplativa. Evagrio Póntico, maestro de vida monástica, nos lo recordaba ya en el siglo IV: «Monje es aquel que se aparta de todos y está unido a todos».

El amor nos conduce a la unidad. Siempre podemos realizar obras de caridad, pero estas no siempre brotan del amor. Quien ama no se mueve por el deber o la simple solidaridad, sino que experimenta en su interior la comunión del amor que le impulsa a sentir el sufrimiento ajeno como propio, y desde ahí actúa. Ni siquiera se pide amar “por Dios”, como si se tratara de una carga pesada, de un tributo que hemos de pagar al mismo Dios soportando a los hermanos. ¿Quién puede entenderlo? Únicamente lo experimentan los que han dejado que lata en ellos el amor de Dios. Y es que el amor no tiene razones para amar, pues mientras las tenga no irá más allá de un corresponder a algo recibido, aunque puede ser un buen comienzo. Del motivo para amar se pasa a amar sin motivo. Esto sucede cuando pasamos de las cosas a la persona y del deber al amor. Dejo de amarte “por” para amarte simplemente. Entonces entro en otra dimensión. Amar a alguien es acogerlo a él y a todo lo suyo con sus preferencias. Por eso el amor a Dios nos lleva a amar como algo propio a todos los que sufren, amando así lo amado del amado, amando en su propia persona lo que mi amado ama. Es entonces cuando llegamos incluso a descubrir a Dios en el mismo hermano.

Ya, pero ¿en qué se nota? Sin duda que se ha de notar en la acogida a todo el que llama al monasterio, pues si no podemos arreglar todos los sufrimientos, sí podemos unguir las heridas del que llama a nuestra puerta. Y ahí se realiza el milagro, ya que el amor no se mide por el tamaño de lo que se hace, sino por su profundidad y su verdad. El amor es como la vida, puede hallarse tan plena en un elefante como en un mosquito. Los actos de caridad son computables, pero el acto

mismo del amor rebasa toda medida por asentarse en Dios. Un acto de amor que se vive en la donación de sí mismo va más allá de aquello que realiza.

La fraternidad universal basada en esa experiencia permite dejar de ver al hermano como un diferente, un contrincante, un pesado que soportar, para comenzar a verlo como una sola cosa en el amor de Dios que nos une. Es ahí, como nos dice el papa Francisco, donde radica «lo esencial de una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite», siguiendo los pasos de san Francisco, que «sembró paz por todas partes y caminó cerca de los pobres, de los abandonados, de los enfermos, de los descartados, de los últimos». Para poder caminar hemos de transformar primero nuestro corazón en un corazón de caminante.

P. ISIDORO M. ANGUITA



Para gustar y orar

Homilía del papa Francisco
Lima-Perú (21.I.2018)

ENCUENTRO DEL PAPA FRANCISCO CON MONJAS CONTEMPLATIVAS

Queridas hermanas de los diversos monasterios de vida contemplativa¹:

¡Qué bueno es estar aquí, en este santuario del Señor de los Milagros, tan frecuentado por los peruanos, para pedirle su gracia y para que nos muestre su cercanía y su misericordia! Él, que es «faro que guía, que nos ilumina con su amor divino». Al verlas a ustedes aquí, me viene un mal pensamiento: que aprovecharon para salir del convento un rato y dar un paseíto...

Gracias, madre Soledad, por sus palabras de bienvenida, y a todas ustedes que desde el silencio del claustro caminan siempre a mi lado. Y también —me lo van a permitir porque me toca el corazón— desde aquí mandar un saludo a mis cuatro carmelos de Buenos Aires. También a ellas las quiero poner ante el Señor de los Milagros, porque ellas me acompañaron en mi ministerio en aquella diócesis, y quiero que estén aquí para que el Señor las bendiga. No se ponen celosas, ¿no? [Responden: “No”].

Filiación divina: somos hijos en el Hijo

Escuchamos las palabras de san Pablo, recordándonos que hemos recibido el espíritu de adopción filial que nos hace hijos de Dios (cf. *Rom* 8, 15-16). Esas pocas palabras condensan la riqueza de toda vocación cristiana: el gozo de sabernos hijos. Esta es la experiencia que sustenta nuestras vidas, la cual quiere ser siempre una respuesta agradecida a ese amor. ¡Qué importante es renovar día a día este gozo! Sobre todo en los momentos en que el gozo parece que se fue o el alma está nublada o hay cosas que no se entienden; ahí volverlo a pedir y renovar: «Soy hija, soy hija de Dios».

¹ N.B.: los títulos a los epígrafes no están en el texto original; se han puesto aquí para captar con mayor rapidez el tema tratado en cada apartado.

Importancia decisiva de la oración y misión primordial

Un camino privilegiado que tienen ustedes para renovar esta certeza es la vida de oración, oración comunitaria y personal. La oración es el núcleo de vuestra vida consagrada, vuestra vida contemplativa, y es el modo de cultivar la experiencia de amor que sostiene nuestra fe, y como bien nos decía la madre Soledad, es una oración siempre misionera. No es una oración que rebota en los muros del convento y vuelve para atrás, no: es una oración que va y sale, y sale...

La oración misionera es la que logra unirse a los hermanos en las variadas circunstancias en que se encuentran, y rezan ustedes para que no les falte el amor y la esperanza. Así lo decía santa Teresita del Niño Jesús:

Entendí que solo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase el amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno... En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor².

Ojalá que cada una de ustedes pueda decir esto. Si alguna está medio flojita y se le apagó el fuego del amor, ¡pídale!, ¡pídale! Es un regalo de Dios amor, para poder amar.

Vocación al amor misericordioso que se compadece

¡Ser el amor! Es saber estar al lado del sufrimiento de tantos hermanos y decir con el salmista: «En el peligro grité al Señor, y me escuchó, poniéndome a salvo» (*Sal* 117,5). Así vuestra vida en clausura logra tener un alcance misionero y universal y «un papel fundamental en la vida de la Iglesia. Rezan e interceden por muchos hermanos y hermanas presos, emigrantes, refugiados y perseguidos; por tantas familias heridas, por las personas en paro, por los pobres, por los enfermos, por las víctimas de dependencias, por no citar más que algunas situaciones que son cada día más urgentes. Ustedes son como aquellos amigos que

² SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Manuscritos autobiográficos*, Lisieux (1957), 227-229.

llevaron al paralítico ante el Señor, para que lo sanara (cf. Mc 2, 1-12). No tenían vergüenza, eran “sin vergüenza”, pero bien dicho. No tuvieron vergüenza de hacer un agujero en el techo y bajar al paralítico. Sean “sin vergüenza”, no tengan vergüenza de hacer con la oración que la miseria de los hombres se acerque al poder de Dios. Esa es la oración vuestra.

Por la oración, día y noche, acercan al Señor la vida de muchos hermanos y hermanas que por diversas situaciones no pueden alcanzarlo para experimentar su misericordia sanadora, mientras que Él los espera para llenarlos de gracias. Por la oración ustedes curan las llagas de tantos hermanos³.

Fuera la levadura de la amargura

Por eso mismo podemos afirmar que la vida de clausura no encierra ni encoge el corazón, sino que lo ensancha ¡Ay de la monja que tiene el corazón encogido! Por favor, busquen remedio. No se puede ser monja contemplativa con el corazón encogido. Que vuelva a respirar, que vuelva a ser un corazón grande. Además, las monjas encogidas son monjas que han perdido la fecundidad y no son madres; se quejan de todo, no sé, amargadas, siempre están buscando un “tiquismiquis” para quejarse. La santa Madre [Teresa de Jesús] decía: «¡Ay! de la monja que dice: “hicieronme sin razón, me hicieron una injusticia”». En el convento no hay lugar para las “coleccionistas de injusticias”; sí hay lugar para aquellas que abren el corazón y saben llevar la cruz, la cruz fecunda, la cruz del amor, la cruz que da vida. El amor ensancha el corazón, y por tanto con el Señor vamos adelante, porque él nos hace capaz de sentir de un modo nuevo el dolor, el sufrimiento, la frustración, la desventura de tantos hermanos que son víctimas en esta «cultura del descarte» de nuestro tiempo.

Oración de intercesión, ejercicio de amor verdadero

Que la intercesión por los necesitados sea la característica de vuestra plegaria. Con los brazos en alto como Moisés, con el corazón así tendido, pidiendo... Y cuando sea posible ayúdenlos, no solo con la oración,

³ Cf. FRANCISCO, *Vultum Dei quaerere*, sobre la vida contemplativa femenina (29.VI.2016), n. 16.

sino también con el servicio concreto. Cuántos conventos de ustedes, sin faltar la clausura, respetando el silencio, en algunos momentos de locutorio pueden hacer tanto bien.

La oración de súplica que se hace en sus monasterios sintoniza con el Corazón de Jesús que implora al Padre para que todos seamos uno, así el mundo creará (cf. *Jn* 17, 21). ¡Cuánto necesitamos de la unidad en la Iglesia! Que todos sean uno. ¡Cuánto necesitamos que los bautizados sean uno, que los consagrados sean uno, que los sacerdotes sean uno, que los obispos sean uno! ¡Hoy y siempre! Unidos en la fe. Unidos por la esperanza. Unidos por la caridad. En esa unidad que brota de la comunión con Cristo que nos une al Padre en el Espíritu y, en la eucaristía, nos une unos con otros en ese gran misterio que es la Iglesia. Les pido, por favor, que recen mucho por la unidad de esta amada Iglesia peruana porque está tentada de desunión. A ustedes les encomiendo la unidad, la unidad de la Iglesia, la unidad de los agentes pastorales, de los consagrados, del clero y de los obispos.

Vigilantes para no caer en la tentación del chismorreaje que divide

El demonio es mentiroso y, además, es chismoso, le encanta andar llevando de un lado para otro, busca dividir, quiere que en la comunidad unas hablen mal de las otras. Esto lo dije muchas veces, así que me repito: ¿saben lo que es la monja chismosa? Es terrorista, peor que los de Ayacucho hace años, peor, porque el chisme es como una bomba, entonces va y “*suiif, suiiff, suiiff*” como el demonio, tira la bomba, destruye y se va tranquila. Monjas terroristas no, sin chismes. Ya saben que el mejor remedio para no chismear es morderse la lengua. La enfermera va a tener trabajo porque se les va a inflamar la lengua, pero no tiraron la bomba. O sea, que no haya chismes en el convento, porque eso lo inspira el demonio, porque es chismoso por naturaleza y es mentiroso. Y acuérdense de los terroristas de Ayacucho cuando tengan ganas de pasar un chisme.

Vida fraterna: «qué dulzura, qué delicia los hermanos unidos» (Sal 123, 1)

Esfuércense en la vida fraterna, haciendo que cada monasterio sea un faro que pueda iluminar en medio de la desunión y la división. Ayuden a profetizar que esto es posible. Que todo aquel que se acerque a ustedes pueda pregonar la bienaventuranza de la caridad fraterna, tan propia de la vida consagrada y tan necesitada en el mundo de hoy y en nuestras comunidades.

Cuando se vive la vocación en fidelidad, la vida se hace anuncio del amor de Dios. Les pido que no dejen de dar ese testimonio. En esta iglesia de nazarenas carmelitas descalzas, me permito recordar las palabras de la maestra de vida espiritual, santa Teresa de Jesús: «Si pierden la guía, que es el buen Jesús, nunca acertarán el camino». Siempre detrás de Él. «Ay, padre, pero a veces Jesús termina en el Calvario». Pues andá vos ahí también, que ahí también te espera, porque te quiere. «Porque el mismo Señor dice que es camino; también dice el Señor que es luz, y que no puede nadie ir al Padre sino por Él»⁴.

La Iglesia necesita la vida consagrada contemplativa

Queridas hermanas, sepan una cosa: ¡la Iglesia no las tolera a ustedes, las necesita! La Iglesia las necesita. Con su vida fiel sean faros e indiquen a Aquel que es camino, verdad y vida, al único Señor que ofrece plenitud a nuestra existencia y da vida en abundancia⁵.

Recen por la Iglesia, recen por los pastores, por los consagrados, por las familias, por los que sufren, por los que hacen daño y destruyen tanta gente, por los que explotan a sus hermanos. Y por favor, siguiendo con la lista de pecadores, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

Franciscus

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las Moradas*, VI, cap. 7, n. 6.

⁵ Cf. FRANCISCO, *Vultum Dei quaerere*, n. 6.



